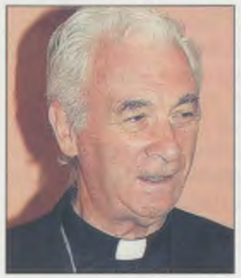
Intervenciones en el Sínodo de los participantes españoles

Resumen oficial de sus intervenciones, facilitado por la Sala de Prensa de la Santa Sede

Monseñor Antonio Arregui Yarza, arzobispo de Guayaquil, presidente de la Conferencia Episcopal de Ecuador (9-10-2012)



El encuentro con Cristo reviste un carácter profundamente personal en firma de amistad. Los amigos son los destinatarios de la entrega redentora del Señor (cf Jn 15, 18), a quienes Jesús revela al Padre (cf Jn, 15, 15).

Jesús dedicó tiempo y apertura de corazón para cultivar fecundas amistades, con Juan y Andrés, con Marta, María y Lázaro, etc. Sorprenden los frutos del diálogo apostólico personal y amistoso del Señor con personajes como Zaqueo, Nicodemo o la samaritana. Se comprende que los discípulos buscaran entre sus amistades previas a quienes proponer el descubrimiento del Mesías. Así lo experimentaron Natanael, Santiago de Zebedeo y el mismo Pedro.

El Papa Pablo VI decía que «además de la proclamación que podríamos llamar colectiva del Evangelio, conserva toda su validez e importancia esa otra transmisión de persona a persona» (*EN*, 46). En la vivencia del carisma de San Josemaría Escrivá, he podido apreciar la fecundidad de la labor apostólica que convierte las amistades personales en servicio al Evangelio.

Los obispos corremos el riesgo de perder humanidad y sensibilidad pastoral, si otras tareas no dejan tiempo para tratos de amistad concreta. ■

P. José María Abella, superior general de los Misioneros Claretianos (10-10-2012)

La llamada a la Nueva Evangelización es, ante todo, una llamada a ser cristianos gozosos y responsables del siglo XXI, con una gran fidelidad al Evangelio y a la gente de nuestro tiempo, y con un nuevo estilo de misión. No se trata, pues, de una acción puntual o de una serie de actividades, sino de un «proceso» en el que entran en juego varios elementos.

La Nueva Evangelización parte siempre de la realidad, observada con el corazón compasivo de Jesús, porque de la permanente dialéctica entre el Espíritu y la realidad surgirá su novedad y las líneas-fuerza que la van a orientar. Se concentra en el anuncio del Misterio íntegro de Cristo que proclamó, con su vida y su palabra, el Evangelio del Reino a todos, especialmente a los pobres, como liberación integral del hombre.

Tiene como sujeto activo y responsable a todo el Pueblo de Dios, hombres y mujeres, con sus diferentes carismas y ministerios.

Exige, para realizarla, evangelizadores del todo centrados en Dios-Padre, urgidos por la caridad de Cristo, guiados por su Espíritu y apasionados por sus hermanos. Implica, consiguientemente, una fuerte llamada a la conversión personal, comunitaria e institucional, en el contexto de los signos de nuestro tiempo.

Requiere prestar mayor atención a la calidad que a la cantidad; a lo esencial, que a lo accidental; y favorecer un diálogo incansable.

Impulsa a renovar la dimensión misionera en el anuncio de Evangelio, educando para el diálogo con las culturas y las tradiciones religiosas de los pueblos.

Procura trabajar en red con otras personas y grupos que buscan también la transformación del mundo según el designio de Dios, que, para nosotros, significa construir el Reino.

Por todo ello, la Nueva Evangelización es una «aventura espiritual» que se expresará en opciones apostólicas diversas en los diversos contextos. Pero sin una profunda «sensibilidad evangélica», será muy difícil leer los signos de los tiempos y dar con iniciativas apostólicas adecuadas y creíbles. ■

Monseñor Ricardo Blázquez Pérez, arzobispo de Valladolid y vicepresidente de la CEE (10-10-2012)

Los catecumenos van uniendo de manera honda y clara la dimensión personal y eclesial de la fe cristiana. Descubren el sentido de la Iglesia en la participación asidua de la comunidad. Se crea una profunda fraternidad que tiene también repercusión en las relaciones humanas y sociales. La persona se siente apoyada por los otros hermanos para poder vivir cristianamente en medio de una sociedad muchas veces indiferente e incluso hostil a la fe cristiana y a la Iglesia.

A través del catecumenado descubren los participantes las realidades fundamentales de la fe cristiana: El Credo, los Mandamientos de Dios con el espíritu del sermón del monte, la oración del Padre Nuestro y de los Salmos, los sacramentos particularmente la eucaristía y la penitencia, la dimensión apostólica de la vida cristiana. No se inicia en aspectos particulares, complementarios o devocionales, sino en las realidades básicas de la fe, que actualmente no podemos dar por supuestas. Es un catecumenado postbautismal para la mayor parte de los participantes, que a través del cual redescubren el sentido del bautismo ya recibido.

La celebración litúrgica es fortalecida en cada uno por el conocimiento y la lectura orante de la Sagrada Escritura. Durante mucho tiempo la extrañeza del latín ocultaba el desconocimiento de la Sagrada Escritura, pero ahora aparece al descubierto esa insuficiencia. La evangelización requiere que se unan Biblia, Sacramentos y vida cristiana. ■

P. Adolfo Nicolás Pachón, prepósito general de la Compañía de Jesús (10-10-2012)

Una Nueva Evangelización tiene que aprender de los aspectos buenos y no tan buenos de la primera Evangelización. Vengo de una tradición de Evangelización y Espiritualidad que anima a «encontrar a Dios por encima de todo».

Me temo que nosotros, los misioneros, no lo hemos hecho con la suficiente profundidad y, por tanto, no hemos enriquecido a la Iglesia Universal como la Iglesia se esperaba de nosotros. Hemos buscado los signos occidentales de la fe y la santidad y no hemos descubierto de qué manera ha obrado Dios en otros pueblos. Y eso nos ha empobrecido a todos. Hemos perdido de vista las claves, las perspectivas y los descubrimientos importantes.

Hemos aprendido del pasado cómo se puede comunicar de manera eficaz el Evangelio: el camino de la humildad, el conocer las limitaciones humanas cuando se trata de expresar el Espíritu, la sencillez del mensaje, la generosidad y la alegría al reconocer lo que es bueno y santo, nuestra vida como un factor de credibilidad, perdón y reconciliación, el mensaje de la Cruz como renuncia de nosotros mismos. ■

Monseñor Javier Echevarría Rodríguez, prelado del Opus Dei (12-10-2012

El pueblo de Dios desea que los obispos y los sacerdotes sean maestros de santidad, justamente porque la buscan cada día, atravesando la vida sacramental y su ministerio. Deben ser hombres que rezan con fe, que aman apasionadamente el sacramento de la Eucaristía y el sacramento de la Confesión y los viven con piedad sincera, para enriquecerse con las gracias y poder ser, de este modo, portadores de la Buena Nueva a los demás sacerdotes y a todos los fieles. El recurso a estos medios instituidos por Jesucristo para poder identificarse con Él hace que los fieles, al escuchar a los pastores, escuchen al Señor, y al verlos rezar, se sientan a su vez llevados a rezar. Si ven que ellos recurren con frecuencia a la confesión, irán a recibir el perdón sacramental.

Es útil también meditar sobre el ejemplo de muchos santos, como el Cura de Ars, San Pío de Pietrelcina o San Josemaría Escrivá, y el del más recientemente beato Juan Pablo II. Como ha recordado Benedicto XVI, ellos han dejado un ejemplo vivo de amor al sacramento de la penitencia y pueden reforzar la conciencia del deber de ser buenos pastores, que saben dar la propia vida por sus ovejas. Si se exhorta también a los presbíteros a sentarse en el confesionario habitualmente, muchas almas irán a lavar sus culpas y, de ese ministerio, florecerán vocaciones para el seminario y la vida religiosa y vocaciones de buenos padres y madres de familia.

También es interesante cuidar las homilías desde el punto de vista doctrinario y con el don de lenguas. Para muchos fieles la misa dominical, con la correspondiente homilía, es la única ocasión para escuchar el mensaje de Cristo. Con un compromiso siempre renovado, la predicación será mucho más eficaz, sobre todo si se dirige también a la propia alma de quien predica: si se vive lo que se dice y se predica lo que se vive. ■

Monseñor Jesús Esteban Sádaba Pérez, capuchino, obispo vicario apostólico de Aguarico (Ecuador) (13-10-2012)

Anunciar el evangelio en la propia cultura es algo importante para el momento actual, en culturas tradicionales y modernas.

La Encarnación es el fundamento de la inculturación. Mientras no se llega a evangelizar la cultura no penetra el evangelio en la persona. San Pablo quería hacerse «judío con los judíos, griego con los griegos, para llevar a todos a Cristo».

Al enjuiciar hoy la situación en las culturas ancestrales se considera con frecuencia la presencia del Evangelio

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei